



Martín Goycochea Menéndez



La espada rota

Había ultrapasado la más lejana de las trincheras enemigas, y, de pronto, el alférez se detuvo embargado por un hondo sentimiento de respeto y de asombro. En el foso de un reducto -mal abierto durante la agonía desesperada de la derrota, para proteger la marcha de la retaguardia destrozada-, sustentando un viejo fusil de chispa entre sus manos lívidas y crispadas, yacía una mujer con el flanco abierto por el agudo diente de la metralla.

Caía la noche con un melancólico ocaso de luna pálida y triste, y un viento suave y perfumado venía de la selva cercana, depositando al pasar un beso de piedad sobre la frente de los muertos. A lo lejos, un pueblo incendiado llenaba el horizonte con el relampagueo purpúreo de las llamas. Era esa hoguera la antorcha funeral de la matanza.

El oficial contempló aquel pobre cuerpo femenino desgarrado, y, sin darse cuenta de ello, impulsado por esas sensaciones irresistibles e inexplicables que de pronto surgen avasalladoras allá, en el fondo más remoto y misterioso del espíritu, estrechó aquellos despojos carcomidos por las fatigas y helados por la muerte entre sus sudorosos brazos de guerrero.

Todo un mundo de viejos recuerdos y de punzantes realidades golpeaban en aquel instante la frente del oficial, que había venido a combatir un hombre, en medio de ejércitos extranjeros que combatían un pueblo. Y, sobreponiéndose a las propias pasiones, apagando rencores y descartando prejuicios, ante el campo abierto con los despojos de la pelea, el oficial no pudo menos que contemplar el doliente espectáculo de la patria cayendo, derrumbándose, con la altivez de despedazar la última esperanza de su espíritu y la postrera fibra de su carne, antes de darse por vencida entre el estrépito desolador de sus derrotas. [48]

Era la expresión más altiva de la raza toda, puesta de pie, con indomables empujes de nativa bravura sobre los labios, y relampagueos de supremas indignaciones en las morenas pupilas, marchando al sacrificio, sin otra aspiración ni otro consuelo que soñar en la paz de la tumba el advenimiento de días mejores. Era, en fin, un pueblo en masa, que, con la conciencia de lo que efectuaba, marchaba al abismo sin importársele del abismo.

Y allí estaban todos, tendidos sobre la yerba fresca y reluciente, hombres, mujeres y también niños que antes de la batalla debían haber tambaleado bajo el peso del fusil, cubiertos por los tules de

plata de la luna, en la gran serenidad de la muerte. Y, desde la selva cercana, el viento seguía trayendo el perfume de los naranjos en flor.

El oficial dirigió sus ojos hacia el norte, y, casi indecisa, como la cabeza deforme de un gigante recostado, vio perfilarse, sobre el raso violeta de los cielos, la silueta del cerro de Lambaré. Como un jalón milenario, aquel armonioso montículo revestido con las tocas de una eterna primavera, marcaba para su pueblo las primeras glorias en las grandes leyendas de la raza. Fue allí donde la flecha del indio se embotó contra las corazas de los ricos-homes de Castilla, donde el hacha de piedra chisporroteó sobre los escudos historiados de los conquistadores.

Como en los siglos ya muertos, el nativo, el hijo de la tierra, sólo permitía el paso del invasor hacia sus hogares cuando agotaba con la vida la última energía de la resistencia. Era aquello un ensueño indomable de libertad y sacrificio flotando sobre los tiempos, que venía a concretarse allí, en las rojas flores de la muerte, entre los charcos sangrientos.

Un inmenso y doloroso orgullo llenó por un instante el ser todo del oficial en armas contra sus hermanos. Por lo menos, ellos, si no podían vencer, sabían morir con la fiera majestad de los más bellos héroes de la historia. Sentíase pequeño, confundido, miserable, ante aquellos cuerpos sacrificados por la grandeza de la misma derrota. Entonces creyó que sobre su frente se estampaba la marca de fuego de Caín.

Pero no; sus hermanos no tenían derecho de acusarle. Si se [49] alió con el extranjero fue por venir a redimirlos en nombre de la santa Libertad.

¿No era acaso Caballero Andante en pos del mismo ideal de sus abuelos, engendrador sobre la tierra amada de nuevas y fecundas renovaciones? ¿No sacrificó todo cuanto un hombre pudo sacrificar para ver erguirse la patria nueva, la patria del mañana, la gran nación soñada, conquistadora del futuro por el orden, por el amor, por el trabajo?

¿No venía a romper cadenas, combatiendo tiranías; a ampliar las fronteras de la nacionalidad abriéndolas al paso de todos los hombres libres; a hacer despuntar sobre una larga noche de cuatrocientos años una aurora de bondad y de esperanza?

Sí; no era un traidor ni un cobarde, era simplemente un hombre realizador del bien de su pueblo, que iba a reconstruir con los escombros de las batallas lo que la ignorancia destruyó y los tiranos mancillaron.

Pero, ¿sería eso verdad?

El oficial levantó sus ojos hacia los cielos, como buscando una respuesta decisiva, y sólo encontró el gran silencio luminoso de las constelaciones.

Volvió a fijarse en la mujer caída dentro del foso inconcluso de la trinchera y se preguntó si no sería una madre que, excediendo la propia fragilidad, fue allí a defender con sus brazos la agonía gloriosa de sus hijos. Sí, indudablemente lo era.

Muy cerca de ella yacían dos soldados, dos niños semidesnudos, que habían muerto con sus labios juntos, con sus brazos entrelazados, para marchar así, unidos, frutos del mismo vientre,

seres a quienes una misma leche amamantó y unas mismas caricias recibieron en el viaje sin límites de la eternidad.

¡Y qué bella y qué gigante se le presentó esa mujer, que por defender su tierra y por defender su cría, lanzó ante los cañones fratricidas el grito de protesta de su adolorida maternidad!

Aquella era la mujer, la engendradora, la que perpetúa en su seno la vida de las razas, la amable obrera del bienestar y del progreso, que, alentada por una de aquellas inspiraciones sobrepujadoras de la estatura misma de los pueblos y de los tiempos, fue [50] allí a realizar el más bello de los actos, el más encumbrado de los sacrificios, por la gloria, por la patria y por la divina libertad.

Algo clamaba en el espíritu del oficial a grandes voces, con el eco inexorable de una suprema justicia, que, mientras los hombres se agrupan alrededor de una bandera, mientras se tracen fronteras sobre los continentes y la humanidad esté compuesta de una inmensa familia de naciones, crimen sin nombre será el ir contra la propia bandera, cualquiera que fuere la causa impulsadora, ¡como es crimen el clavar un puñal sobre la carne sagrada de una madre!

Pasaron las horas. Las constelaciones desfilaron una a una besando las pálidas frentes de los caídos con sus tenues labios amorosos, y, al venir el alba, el oficial, teniendo vergüenza de la luz, quebró su espada en medio de la sombra.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

